

EL silencio negro de la fría madrugada invernal está adherido fuertemente a todo con la espesa neblina. La ciudad es un monstruo gigantesco en reposo oprimiendo con su cuerpo el seno de la bahía. Los focos del alumbrado, como puntos mortecinos de palidez y sueño, parecen hacer guiños detrás de las arboledas movidas por el viento. La nube lechosa de cerrazón cae como un disfraz de fantasmagoría sobre las cosas.

El viejo barrio, que hace apenas unas pocas horas, era una hermosa pieza del rompecabezas metropolitano, confúndese con la aburrida uniformidad del todo en esta noche de húmedo silencio pegajoso. Sólo algún "nocturno" rasga de cuando en cuando la monotonía del transcurso lento de las horas con su gangoso ronquido, que se va perdiendo lentamente, como un paréntesis de cosa viva, resistiéndose a perecer sepultado por la oscuridad tenebrosa y silente. En la esquina, abre el bar su boca hedionda, en un bostezo perenne de cansancio y hastio, mientras en el interior, cabecea un borracho frente a la botella vacía. Como con tagiadas de tanta modorra, las agujas herrumbrosas de un reloj muévense perezosamente hacia las tres. El taconeo menudo y ágil de algún trasnochador envuelto hasta las orejas, que cruza como un bólido seguido por la estela humeante del cigarro esquivando las baldosas flojas de la vereda, pone de hora en hora, la única nota novedosa al inmutable escenario.

—Julián, Julián, Juliáan...

Los gritos de doña Matilde, la "capataza" del conventillo, retumban a lo largo de los silentes corredores del amplio caserón, mientras su mano huesuda menudea golpecitos nerviosos en la puerta de tablas de cajón del último altillo.

—Ya va, doña Matilde.

—¿Si ha dormido con la luz prendida m'hijo?

—No señora, ya estoy levantado. Entre.

—¿Güé! ¿Y qué diablo le cruzó po el cuerpo hoy? Por lo visto nos hemo pasáu la noche en vela... ¿Hoy no estudea?

—No, doña Matilde; ya no.

—¿Cómo?! ¿Y el concurso?

—Ya no sale, doñ...

—¿Qué no sale?! ¿Y pa eso tanto pamento? Siempre igual. Puro baruyo pa enyenar la vista e los sonso y dispué... los puestos repartiditos pa los muñequiáu por fulano y mengano. Bueno, y del empleo? ¿Qué ha óido?

—Nada?

—Si... algo...

—¡Ah! Tonce no es por nada que se ha pasáu la noche tirando cálculos, pué. Haber largue, ¿qué le han dau?

—En la policía.

—Mmm! Comisario... un máestro...

—No, doña Matilde.

Julián bajó los ojos avergonzado. Su desesperación hubiera alcanzado para responder con un "qué le importa" a la pregunta indiscreta de la vieja fastidiosa. Pero era doña Matilde, la pobre vieja, que había sido como una segunda madre para él durante su vida sacrificada de estudiante. Ella compartió — la única entre tanta gente extraña — las alegrías y sinsabores de sus éxitos y fracasos. Ella cuidó de su salud durante los largos períodos de los "repasos" agotadores. Ella llegó hasta a pagar de su propio bolsillo, el alquiler de la humilde piedad y muchas veces fué gracias a sus ahorros, que él consiguió procurarse los textos imprescindibles. Y ahogando la íntima rebelión que por primera vez brotaba del fondo de su alma contra doña Matilde, sólo se limitó a responder con un aire de fingida decisión:

—Guardia Civil.

—¿Eh?! ¡Milico!

Julián sintió clavarse como un dardo punzante en lo más profundo de su amor propio, el des-



MAESTRO

por Julio C. da Rosa

pectivo lacerante que le arrojan a la cara, los labios arqueados de la vieja. Le pareció como un desafío; pero... doña Matilde era buena. No podría decirle aquello por abochornarlo.

—Sí... de milico.

—¿Y pa eso tanto tiempo quemándose las pestañas? ¿Pa eso tanto tiempo enterráu entre los libros? ¿Pa eso se hizo máestro? ¿Pa enseñar a quién? ¿A los presos? ¿Ande va a meter todo lo que tragó? Esto sí qu'está lindo! Mire: el pardo Gómez está de milico! ¡Si cualquier negro calsa!

Amanece. Bajo el velo opaco de la neblina se siente el estremecimiento progresivo conque despierta la ciudad al llamado vertiginoso de un nuevo día. Las horas se van cargando de una corriente de actividad febril que aumenta minuto a minuto con ritmo desesperado. Resortes ocultos dan impulso a una agitación nerviosa que fluye de todas partes. Es como si una máquina formidable se hubiera puesto en movimiento anunciada con estrépito ensordecedor, por el agudo silbido de las sirenas. Espesas

bocanadas de humo vomitan con fuerza las chimeneas, en alocadas espirales. La corriente arrolladora del tránsito es como un río enfurecido en sucesivos remolinos que nada logra detener. Mil voces tempraneras inundan calles y vehículos con estridente pregón. Todo se agiganta y crece, se agolpa y se hincha, en carrera desenfrenada con la hora que vuela; todo es premura y aflicción. Una marejada humana, venida quién sabe de dónde, agitada, inquieta y muda, en aluvión desenfrenado lo rebasa todo, inundando el centro, hormigueando por balcones y azoteas, por plazas y avenidas, casi corriendo detrás de algo invisible, apiñándose, empujándose. Gestos hosclos, labios apretados, como muestras de una preocupación común.

Julián está como petrificado junto a su mesa de estudios. Las palabras de doña Matilde aún martillean sobre sus tímpanos: "pa eso se hizo máestro? Pa enseñar a quién? Cuánta razón. Pero él también lo sabía; durante toda la noche lo había pensa-

do. ¿Por qué entonces se lo había repetido la capataza? El se hubiera resignado; pero jamás se le podrán borrar ahora de la conciencia aquellas palabras. Tenía razón doña Matilde; mas, ¿qué hacer? Se siente tentado de arrancarse el uniforme y ponerse a estudiar; ahora más que nunca se siente apegado al aposento de sus calamidades de estudiante. Quisiera detener los instantes que fugan, aprisionar un solo momento de su pasado menesteroso. Pero ¿por qué?, si él ha sido poco menos que un miserable? Por la ventana abierta siente colarse por primera vez la corriente alborotada del exterior que se mete como un intruso helando el ahora rincón tibio de afectos, removiéndolo libros y papeles, ahuyentando la tranquilidad y el silencio de tantas horas de estudio y meditación profundos. Y siente que al paso del loco torbellino se va derrumbando todo un mundo ficticio incubado al calor de ensueños quiméricos, afiebrado de esperanzas y anhelos juveniles y como los últimos pétalos marchitos de su ilusión des-

hojada, vuelan los papeles borronados con planes y proyectos. Pero lo que le indigna, lo que siente sobre su cuerpo como un sarcasmo que lo quema vivo, es el flamante uniforme. Mil veces ha rechazado airado la tentación de contemplarse; pero un automatismo inconciente lo enfrenta al espejo y una mueca profunda de angustia resignada contrae su rostro. Y otra vez, las palabras de doña Matilde como una tortura implacable:

—¡De milico!

Y así se quedó largo rato abstraído. Como ensimismado. Un montón de recuerdos se agolpó en su mente. Su pasado de sacrificios, las mil privaciones suyas y de sus padres allá en el misero pueblecito de "Las Latas", en holocausto a su carrera, comenzaron a desfilar por su cabeza atormentada con rapidez cinematográfica. Parecía que su vida entera se sintiera evocada ante la presencia de aquella figurita ridícula. Tras ella veía al estudiante soñador e idealista de ayer, pletórico de ilusiones, dueño del mundo, riéndose a carcajadas del soldadito estúpido de hoy, reprochándole la manse-dumbre de su resignación. Sentía agolparse sobre su conciencia, en detalles mínimos, todo el proceso de su carrera. El día en que, siendo un niño aún, oyera de labios de sus propios padres la confidencia entrañable del sueño tantas veces acariciado: "un'escuela grandota n'el medio el pueblito y vos aentro enseñando, va dar gusto". Después, su partida a la ciudad empapada en lágrimas, las mil dificultades del principio para desprenderse de tantos afectos que quedaban allí, clavados junto a los viejos, en el terruño querido de su infancia mimada de hijo único. Luego, los primeros éxitos, los sobresalientes y las felicitaciones, la terminación de secundaria, el diploma, sueño dorado, fruto primero que lo acercaba a la realización del ideal paterno.

"Afuera, la ola ent... miento. Como a un im... formidable en el que pa... conjurarse un sinfín de... invisibles; como si se hubiera apretado un botón automático del que dependiera todo, la furia llega al paroxismo frenético. Echanse al vuelo con retumbante son los companarios; rugen temerarias las sirenas; agítanse temblorosos los motores con enervante ronquido; tintinean inquietantes las señales de salida de los vehículos; repiquetean con premura insolente las vocinas y elévase lentamente un vaho pesado, como el aliento que exhala la ciudad. A lo lejos, semejando un vagido quejumbroso, el silbato de las locomotoras y los barcos, se oye como la vía de escape por donde respira esta actividad febriciente.

Vuelto en sí, Julián mira apresurado el reloj. Es la hora. Debe presentarse. Tiene que abandonar la estancia. Vacila. Con una mirada recorre todo aquel refugio que cobijó sus ilusiones. Baja silencioso. En la calle, confundido con el bullicio, envuelto en una nube de preocupaciones, parece un sonámbulo con su rostro absorto y su mirada fija. Se pierde ya, arrastrado por la marejada embravecida.

—Calle... ¡Ah!... Ya es inevitable. No quería pasar. Pero...

Llega hasta él la algarabía. Cientos de adolescentes desfilando por la puerta de entrada del Instituto. Se siente impulsado a gritar con todas sus fuerzas. Ha crispado enfurecido las manos.

—Agente... ¿me querría indicar...?

—Eh?... ah! Sí... Allí en el villorrio miserable de "Las Latas", sigue el viejo labrador tras la mansera, soñando con "un'escuela grandota yenta e gurises n'el medio del pueblito"...

Ilustró REMON

MUNDO LIBRE